Gioacchino Volpe

GÉNESIS DEL FASCISMO

G. Volpe – “Genesi del Fascismo”, en L. Lojacono (ed.), *Le corporazioni fasciste*, Milano, 1935, pp. 23-44.
Extraído y traducido de: R. De Felice, *Il Fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, Roma-Bari, Laterza, 1998, pp.330-354.

No busquemos muy lejos los orígenes del Fascismo. Dejemos en paz a los “precursores”, se llamen éstos Giovanni dalle Bande Nere o Gian Galeazzo Visconti o Giulio Cesare. Si queremos remontarnos hacia atrás, miremos toda la historia italiana, en cuanto revela ciertas cualidades, actitudes y tendencias de nuestro pueblo, masas o individuos; veamos un poco más el siglo XIX, esto es, el *Risorgimento,* con su esfuerzo de dar a Italia plena conciencia de acción y crear el Estado Unitario; con su aspiración potente en un presente y un porvenir a la altura del pasado; con su giobertismo y el mito del *primato* o de la *missione,* con sus elementos de socialismo nacional; con el potente fermento idealista de su Mazzini; con su garibaldismo y voluntarismo. Todavía más, miremos los 20 o 30 años que preceden a la guerra: esto es, los partidos políticos, las formas institucionales, los grupos sociales, los pensamientos y los ideales que dominaron el campo, herencia ahora ya desgastada del pasado o formación nueva.

Antecedentes ideales

En aquel periodo se dio un cierto ascenso de la gran masa del pueblo italiano. Los progresos de la economía, la gran industria, el despertar agrícola, el desarrollo de los centros urbanos, las agitaciones sociales y la emigración misma, determinan y acompañan este ascenso, que es económico e intelectual más que verdaderamente político, pero que por esto precisamente empieza a determinar un desequilibrio entre la Italia de hecho y la Italia de derecho, entre “país” y Estado o Gobierno. No hay que olvidar en este punto al movimiento socialista, que disciplina, encuadra y anima a una parte de estas masas y que, sin embargo, mientras las incita contra la Nación y el Estado, unificándolas en realidad, quitándole lo cerrado a la vida local y comunicándoles cualquier pasión e interés político, las predispone para que no se sientan parte de la Nación y del Estado; y después impone problemas nuevos a algunos dirigentes, mete a un arroyo de pensamiento en la corriente idealmente pobre de la cultura italiana, concurre al descrédito de las ahora ya obsoletas ideologías del ‘89, como son la “libertad” abstracta y el republicanismo de los republicanos, todavía anclada a la palabra, a ciertas palabras de Giuseppe Mazzini.

Con el nuevo siglo, se dieron nuevos, más generales y visibles progresos con relativas decadencias: reforzamiento conjunto de burguesía y proletariado; mayor riqueza y

bienestar; más altos pensamientos y más insatisfacción del estado actual de la vida italiana; una mayor reacción, tanto al socialismo como al viejo Estado liberal y parlamentario y a los restringidos grupos políticos que los personificaban; un esfuerzo más consciente de renovación, y más ambiciones y esperanzas para la Nación. Es el tiempo en que se intenta revivir al cansado liberalismo con un retorno a sus orígenes —esto es, a Cavour—, en vista de un reforzamiento del Estado y de una política exterior de objetivos más lejanos por un mayor empuje por comunicar a la nación: tentativas ligadas al nombre de Giovanni Borelli, buen sembrador de entusiasmos y de ideales entre los jóvenes, aunque pobre en capacidad realizadora. Es el tiempo de la democracia cristiana que surge contra el clericalismo y el socialismo, esto es, contra la democracia materialista y clasista, con el propósito de elevar a la plebe, pero también moderar con el espíritu cristiano los contrastes sociales, imbuir una corriente religiosa en el movimiento proletario y combatir la mentalidad jacobina y masónica de la democracia. Un siglo antes se había tratado de conciliar catolicismo y liberalismo; ahora, catolicismo y democracia.

Asimismo contra el socialismo tendiente al reformismo, un movimiento sindical que tiene teóricos y periódicos *(Avanguardia Socialista, Divenire Sociale, Pagine Libere).* Sus centros son las zonas del proletariado industrial y agrícola más evolucionado e inquieto, especialmente la Baja Padana y el Ferrarese, que en el primer decenio del siglo se volvió una zona de grandes y clásicas huelgas. Esto quiere ser un socialismo más socialismo, esto es, más radical, antidemocrático y vuelto hacia una nueva democracia antiparlamentaria y agente de la acción directa, creyente en la virtud de las minorías. Se propone liberar las organizaciones obreras de las ideologías de los partidos, comunicar ese verdadero impulso revolucionario, inspirar la persuasión que su porvenir estaba en sus manos: “filosofía de la voluntad”, “idealismo revolucionario”, se dijo. Y también filosofía de la acción, fe en la virtud de la acción. Un poco de Sorel, un poco de Bergson, que veía el mundo animado por un empuje vital, por una pieza creativa inmanente que opera sin ley. Este sindicalismo confía en el proletariado; pero cree necesario también un fortalecimiento de la burguesía, para crear condiciones más propicias a la nueva sociedad de los trabajadores. Por lo tanto, no excluye empresas coloniales, no excluye la guerra, a la que reconoce cierta virtud creadora. Y mira la Nación con otros ojos, como no lo han hecho hasta ahora los socialistas de sello marxista. Quiere sacar a la clase trabajadora del encierro de su categoría y hacerla capaz de ascender a la Nación. Es breve la vida del sindicalismo italiano: en torno a 1910, desgastado por su frenética “huelgomanía”, puesto fuera de las filas del socialismo, se dispersa; pero algo de esto revive después en otras formas, en combinación con otras ideas y otros movimientos políticos.

En estos mismos años surgía el nacionalismo como actividad práctica, después de que por cerca de un decenio flotaba en el ambiente como sentimiento y también como doctrina o semidoctrina. Éste se opone al militarismo de la democracia política, afirma la nación y su individualidad frente a los varios internacionalismos socialistas y masónicos, intrigantes y clericales, y aspira a dar autoridad y finalidad ética al Estado contra partidos, parlamento y burocracia. Y demanda una seria política colonial, una seria política de la emigración, para que ésta no se resuelva en un empobrecimiento de la Nación; otra cosa del sindicalismo revolucionario, que nacía del socialismo, aunque le era hostil. Pero entre ambos también había notables afinidades: que fue hecho propiamente italiano, allá donde

en Francia las dos doctrinas quedaron bien separadas y el nacionalismo fue netamente conservador. Igualmente, antidemocracia y antiparlamentarismo; antipacifismo y antihumanitarismo. El movimiento nacionalista representaba a la nueva y renovada conciencia de valor de la burguesía productiva; pero no era extraña a esto la idea de crear los sindicatos obreros y llevarlos a colaborar en la Nación y organizar a ésta como una sociedad de productores, necesariamente solidarios. Solidaridad: pero no como objeto de mera conservación, como otros la predicaban también, sino como objeto de potencia y de imperio. De aquí cierto presentimiento, especialmente en algunos nacionalistas, de tener que marchar juntos con los sindicalistas. "Su punto de partida es bajo un cierto punto de vista al nuestro. Es la primera doctrina sincera y de fuerza salida del enemigo", escribía en abril de 1909 Enrico Corradini, saludando el surgir del *Tricolore*, un pequeño periódico nacionalista o "imperialista" del grupo turinés dirigido por Mario Viana, quien también quería "liberar al mundo obrero de la tiranía demagógica, democrática y socialista, para después haberlo aliado en la gran empresa de la Nación imperialista"; quería potenciar burguesía y proletariado y llevarlos a entenderse directamente y a colaborar con los fines de la Nación. "Si frente a una burguesía rica, se levanta un proletariado unido y revolucionario, la sociedad capitalista alcanzará su perfección histórica". Lenguaje clasista, pero tendiente a encuadrar, equilibrar, igualar y superar las clases en la Nación, concebida como organismo viviente, productor de riqueza, hacedor de la historia y del mundo.

En suma, movimientos diversos, en partes chocantes, en partes convergentes, contrarios al socialismo en cuanto doctrina, pero no en cuanto a problemas sociales y del trabajo; contrarios a: la democracia política, pero en vista a una democracia más sustanciosa; contrarios a ese modo de gobernar que fue llamado *giolittismo*, hecho de transacciones, acomodamientos, empirismo mezquino, corrupción electoral, contaminación de negocios y política, desconocimiento de los valores ideales. De cualquier modo, sentimiento más elevado de la vida y fe viva en las fuerzas creadoras del espíritu, ambos contrapuestos al materialismo histórico. De todas partes, impulsos innovadores de varia intensidad y naturaleza, que se alimentaban de la persuasión de que la Nación fuese ahora mejor que su gobierno; de que sus clases dirigentes fuesen agotadas, y de que fuera necesario cambiar hombres y maneras de gobernar. Tal persuasión actuaba como un fermento revolucionario, ya que estaba difundida entre gentes de cada partido, así creaba cierta solidaridad y posibilidad de acción común, independiente de los partidos mismos, en vista a fines que trascendían los objetos particulares de cada partido.

Guerra revolucionaria

Llega así 1914. Provocada por otros, la guerra europea fue aferrada rápidamente come una bandera, más allá de las enseñas más batalladoras del irredentismo de cuantos estaban en oposición de la Italia "burguesa" o falsamente "liberal", o parlamentaria, o giolittiana. La crisis empezó por la intervención o la neutralidad, que quiso decir corrupción ulterior de partidos, cada uno de los cuales tuvo sus intervencionistas y sus neutralistas. También el Partido Socialista. Mussolini, director del *Avanti*, desdeñoso de ponerse al lado de los reformistas, republicanos, democráticos, masones intervencionistas, y confiado quizás de encontrar en la oposición socialista y popular de la guerra una plataforma revolucionaria,

permanece en un primer momento con el partido y por la neutralidad. Pero cuando vio que la neutralidad lo mezclaba con la parte más conservadora de la burguesía italiana, que la guerra, mucho más que la paz, llevaba en sus pliegues, elementos de revolución; que la neutralidad habría dejado fuera de la acción y de la historia al Partido Socialista y las masas por él guiadas, se pasó al intervencionismo, que naturalmente significaba en Italia aceptación plena de valores nacionales. Quizás, esperaba que arrastraran detrás de sí a partido y masas. No le resultó. Pero no obstante muchos "compañeros" lo siguieron. Y los Fascios de Acción Revolucionaria que él fundó a principios de 1915, compuestos por los más encendidos elementos de izquierda, representaron también el intervencionismo socialista; agrandaron la brecha abierta ya por Bissolati y por otros, en las ideologías clasistas e internacionalistas de aquel partido, y proveyeron nuevos impulsos a la formación de un socialismo nacional.

Siguieron meses de áspero trajín civil, que no fue cosa del todo benéfica en la víspera de un gran esfuerzo que habría requerido la máxima concordia de corazones. Pero también fue benéfica. Aquella guerra, que de algún modo nosotros habremos debido combatir, asumió un carácter de voluntariedad que la elevó y la ennobleció, acrecentando las posibilidades revolucionarias; querida contra socialistas y conservadores, tomó un contenido fuertemente antisocialista y anticonservador. Parlamento, parlamentarismo y mundo parlamentario sufrieron una grave herida, cuando se vio a la Nación moverse fuera y en contra de su representación legal y dirigirse al Rey y Su gobierno, y a este gobierno hacerse fuerte en la Nación para imponerse al Parlamento. Fue aquí entonces cuando hubo una visión clara, regocijándose o doliéndose, de que una era de la vida italiana se cerraba y otra se inauguraba; también en las relaciones internas, más allá de las internacionales.

Después, casi cuatro años de guerra. Y sabemos qué significó la guerra, aquella guerra. Tensión de espíritus nacionales, cuando menos en algunos sectores, mientras tanto el viejo Partido Socialista exasperaba su internacionalismo y se ponía verdaderamente a preparar su revolución, explotando el descontento de guerra y sacando del ejemplo ruso nuevas certezas; otro desgaste de partidos y de reagrupamientos por clases y de ideologías clasistas, para dar lugar a la figura del combatiente, en el cual se fundía burgués y proletario; ennoblecido y valorado con la muerte en el campo, el nuevo ideal de una clase trabajadora no más cerrado en su egoísmo y en su materialismo, sino capaz de sentir la Patria (entre tantos muertos, Filippo Corridoni, que venía del pueblo, del socialismo y del sindicalismo revolucionario, y había seguido a Mussolini); sentimiento más vivo en la burguesía culta de los problemas del trabajo, esto es, un contenido social más sustancioso inmerso en la guerra, con el fin de una elevación total de la vida nacional. Recuérdese la gran discusión que especialmente en el 18 se hizo también en los periódicos conservadores. *Il Popolo d'Italia,* después, batió y rebatió la idea de que por un verso, la clase trabajadora no podía ignorar la Nación; por otro lado, el trabajo debía tener gran parte en la reconstrucción económica, política y moral de la nación misma y Mussolini invitaba a los italianos a salir al encuentro de los trabajadores regresados de las trincheras, a tener alto en ellos el sentimiento viril de la victoria, a interesarlos en las fortunas de la Patria. Se tuvo así mayor aceptación de principios sindicales en el Nacionalismo y nacionales en el sindicalismo revolucionario que ahora proclamaba deber conquistar la Patria, no negarla.

Y luego, elevación económica y moral, a través de actividades civiles y bélicas, de elementos populares y pequeño-burgueses que luego, en el esfuerzo de permanecer en las posiciones alcanzadas y de afirmarse también en el campo político, hubieran operado como enérgico fermento revolucionario, al seguir aquella doctrina o ideología cualquiera que hubiera aparecido más correspondiente a aquel objeto y ulterior descrédito de viejos grupos dirigentes. La guerra, coronada al final por la victoria, dio gloria a los combatientes, pero no la dio al Parlamento, al Gobierno, y a una parte notable de la burguesía, que aparecieron inferiores a los grandes acontecimientos, o tibios frente a los ideales de la guerra o demasiado cómodamente aprovechadores. Sea justo o injusto este juicio fue sincero y se cambió en un sentimiento operante. Al heroísmo de los soldados, pródigos de su sangre, se contraponía en neto contraste —especialmente por los grupos más encendidos del intervencionismo y por los soldados mismos—, la debilidad del Gobierno, los chismes de Montecitorio que daban al Gobierno más molestias que ayuda, las actitudes equivocadas de cierta grande y gruesa burguesía dedicada a los negocios y demasiado acostumbrada a mirar la guerra desde el ángulo visual de los negocios. El viejo antiparlamentarismo, hecho con un poco de imaginación y un poco de motivos justos logrados en la realidad, fue alimentado grandemente. Agréguese otro hecho importante: nuevo experimento en el frente de guerra, núcleos dispuestos a todo, valor decisivo de las minorías enérgicas, ya demostrados en las plazas, ya demostrados en los meses anteriores de neutralidad. Guerra de masas, sí, aquélla que se combatía. Pero mientras ésta progresaba más, creaba más la persuasión de que necesitaba confiarse a la voluntad y a la iniciativa de los individuos y de los pequeños grupos seleccionados: “Creo urgente introducir’ siempre más decisivamente el elemento cualitativo en esta enorme guerra cuantitativa”; cambiar la guerra “de fatiga y sacrificio de masas resignadas, en una guerra de guerreros conscientes, listos a todo”. Pongan una voluntad de acero contra una masa. Y ustedes lograrán resquebrajar esa masa. Es necesario encontrar en el espíritu un punto de apoyo. No es fatal que la guerra sea masa, inercia, número y cantidad. Valorizar al individuo. Así escribía Mussolini después de la empresa de Rizzo, en junio de 1918: empresa posible, “porque fue experimentada, porque existía la voluntad de experimentar”. Y pedía a los gobernantes un grano de locura, de “inteligente y nacional locura”. Ciertamente Mussolini hacía mucho en pro de estas lecciones de la experiencia, cuando abandonado el viejo sueño de una revolución de masas, experimentaría con una de minorías, “de guerreros conscientes y listos a todo”.

Fascio y Fascismo de los orígenes

Quién no ve en todos estos hechos, iluminados por la experiencia del después; quien no ve *in nuce*, en sus elementos esenciales, las pasiones e intereses que después dieron impulso al Fascismo?, el cual aparece en un ángulo de la agitada escena italiana, en marzo de 1919, como pequeño reagrupamiento de viejos intervencionistas, especialmente de la izquierda revolucionaria de hombres que más que los otros, con más esperanza e ilusiones y con ardor casi de neófitos, con repulsa de casi todo su pasado, se habían empeñado en la batalla por la intervención; habían, pues, combatido bajo los lineamientos de una guerra más vasta, resuelta intransigentemente contra los enemigos internos y externos y habían proseguido manteniendo viva la idea de la “guerra revolucionaria”, la espera de una transformación

también social de la vida italiana. Ahora, en el cansancio de la post-guerra, en la irritación de todos contra todos y contra todo; en las desilusiones internas e internacionales, crecidas bajo la ruina de tantas esperanzas; en la desorientación mental seguida al desastre de tantos "principios", en el descarrilamiento de los intervencionistas que rompían toda solidaridad; en la recompensa del viejo neutralismo armado de ironía y de sarcasmo y en la nueva gallardía del espíritu socialista animado por un espíritu de resacas y debilidad revolucionaria a base de "dictadura del proletariado", aquellos intervencionistas de los antiguos Fascios revolucionarios, se reúnen en defensa de la guerra combatida, de las memorias y de los valores de la guerra, de los frutos esperados, si no, recogidos de la guerra. Defensa contra los socialistas, encarnizados ahora contra la guerra hecha, como ya contra la guerra por hacer; contra cuantos por antigua oposición a la intervención o por cansancio y arrepentimiento, volteaban la espalda a la guerra y se mostraban dispuestos a toda transacción dentro y fuera de los confines; contra el Gobierno que parecía administrar mal el patrimonio de la victoria y muy débilmente tenía el dominio ante los enemigos internos, o ya sea ante los aliados. Defendiendo la guerra, ellos que habían más o menos roto los puentes con su pasado más antiguo, defendiendo el más reciente pasado, el pasado de guerra. A esto se prendían como náufragos a los escombros.

Muchas reagrupaciones de resistencia y de propaganda patriótica, antisocialista, antialemana, irredentista, adriática, etcétera, eran diseminadas ahora en toda Italia, formadas especialmente después de Caporetto y después de la victoria, frente a nuevos peligros amenazadores: Uniones, Ligas, Fascios, etcétera. Se agrega ahora el Fascio de combate milanés, que nace el 13 de marzo de 1919, Fascio que reúne de nuevo a aquellos mussolinianos de 1915 y que después, fue visto más en su ideal continuidad con estos últimos, pero que ahora se presentó como cosa nueva. Y Mussolini claramente distingue entre aquellos Fascios Revolucionarios y los actuales Fascios de Combate.[1] Éstos no eran ni siquiera un partido, en un momento en el cual partidos viejos y nuevos tenían un gran quehacer para organizarse, ponerse al día y lanzar programas. Era más bien el "antipartido". No era una organización de propaganda sino de combate, destinada a volverse tanto contra el misoneísmo de derecha, como contra la veleidad destructiva del comunismo de izquierda. No era una doctrina republicana democrática conservadora nacionalista, sino "una síntesis de todas las negaciones y de todas las afirmaciones". En los Fascios, "se dan espontáneamente reuniones de todos aquellos que sufren la incomodidad de las viejas categorías, de las viejas mentalidades. El Fascismo, mientras ni siquiera reniega todos los partidos, los completa".[2] Por lo tanto, los contactos o alianzas con otros partidos, fueron momentáneas; así, los fascistas eran mirados por los demócratas con sospecha porque parecían inclinarse hacia el Nacionalismo o directamente al imperialismo; por los nacionalistas, porque empapados de alguna tinta societaria y lejos de aquél "Imperialismo", a veces kilométrico, contraponían a éste un más complejo "expansionismo"; por los conservadores, ya que proclamaban con voz alta su voluntad de tratar duramente las grandes riquezas, y hablaban de confiscaciones, de ganancias, de fuertes tasas sobre la herencia, de revoluciones, etcétera. En cambio, elementos democráticos, nacionalistas,

[1] En *Il Popolo d'Italia*, 6/10/1919.
[2] *Ibid.*

conservadores y liberales, todos pasados más o menos a través del intervencionismo y la guerra, venían poco a poco a alimentar a los Fascios, que en pocos meses crecieron en número, especialmente en las ciudades del norte de Italia, en Trieste, Génova *y* Turín. Y el Fascismo se definió como un "movimiento de las fuerzas revolucionarias intervencionistas, abierto a los italianos de todas las confesiones y de todas las clases productivas, en vista de una nueva batalla, necesaria para dar valor a la guerra y a la Victoria".

Por lo tanto, "Revolución" también aquí: sólo que Revolución no rusa, sino italiana, aquella misma Revolución que había comenzado en las jornadas de mayo de 1915, prosiguió en los años '15-'18, y esperaba su desarrollo por obra de los intervencionistas y combatientes, de cuantos habían hecho la guerra con espíritu de voluntarios. Ahora ya no estaba en cuestión la neutralidad o la intervención; pero todavía existían reagrupaciones ya formadas en torno a las dos tesis. Grave y profundo fue aquel contraste en 1915; decisiva aquella determinación que había triunfado. Y las consecuencias estaban todavía en desarrollo. Estarían en desarrollo por generaciones: "Es necesario preparar nuevamente armas de hierro, hombres armados de hierro, y pegar sin piedad." Así decía Mussolini el 19 de julio del '19. Cuáles eran los objetivos de esta nueva guerra, no aparecían muy claros; y quizás no eran bien visibles ni siquiera a los ojos de los combatientes mismos. Tanto así, que ya entonces, y después en un poco de tiempo, se dio motivo a los adversarios (Piero Gobetti) de explicar el Fascismo con la falta de ideales y mitos animadores, después que decayeron aquellos del *Risorgimento,* y de condenarlo como extraño a la cultura política, que era un confundir filosofía y doctrina con la vida y la historia, la cual marcha también bajo el empuje de sentimientos y pasiones. ¿Y sentimientos y pasiones no son pues también éstos, rudimentariamente, o no están destinados a concretarse en pensamientos, a medida que la acción se desarrolla y los hombres adquieren conciencia de aquella misma realidad que ellos promueven? Sí, ciertamente en el joven Fascismo las negaciones eran más enérgicas que las afirmaciones: pero, en la realidad hecha por el socialismo como doctrina y partido, por la "democracia" política, por el régimen parlamentario que en aquel tiempo hacía las mayores y peores pruebas; por el liberalismo como se personificaban en esta parte de la clase de gobierno, por el eleccionismo y electoralismo, por el abstracto "ciudadano" y sus derechos, en cualquier lucha, aparecía claro, entre lo otro y ante todo, la orientación del movimiento fascista hacia una organización política basada en una representación orgánica de clases, profesiones e intereses. Que no era pues idea solamente de los fascistas o filofascistas, sino desde hace tiempo y todavía en aquellos meses, también de socialistas y populares; y venía tomada en alguna consideración también por hombres que venían del liberalismo y confiaban en un despertar liberal, verdaderamente liberal como Antonio Anzillotti, y por estudiosos serios tanto de Derecho Público como Romano, dirigido a los problemas del Estado moderno y a la "crisis" relativa. Y fuera de Italia no menos que en Italia. Así, toda idea y sugestión, venía de fuera, especialmente de Francia, como ya de Francia habían venido ideas y sugerencias al viejo sindicalismo revolucionario italiano. Era una especie de reacción a la "política". Se hablaba de democracia directa, esto es, de participación de los grupos productores organizados a la gestión de la cosa pública. La guerra había promovido esta concepción sindicalista, desacreditando, por un lado, la "política", los partidos, tantas ideologías del siglo XIX, el Estado burocrático y concentrador, y por otro lado, dando fuerza y consistencia a las aristocracias de

productores, a los grupos industriales y bancarios, a los conjuntos de operarios y oficiales organizados, etcétera. Y había también mostrado o dado la prueba de la utilidad de una colaboración estrecha entre los obreros y los empresarios a los fines de la producción y de la lucha internacional, en la cual las distinciones y los contrastes de clase no tenían ningún valor y existían sólo naciones, y el daño o ventaja del burgués eran también el daño o ventaja del proletario y viceversa. Se trataba ahora de extraer el fruto de estas experiencias vivas; de sellar en el campo político institucional aquélla que era una realidad de hecho. Y de un modo o de otro, muchos aplicaban propuestas o proyectos de constitución sindical del Parlamento: como en 1919, la Confederación General del Trabajo, bajo el impulso popular de Rinaldo Rigola, y el honorable Tovini. Sin mencionar a los nacionalistas, especialmente de los más cercanos y afines a Corradini; o también de D'Annunzio, quien en 1920, redactó su *Carta del Carnaro*; no menos, naturalmente, los fascistas, muchos de los cuales habían salido del sindicalismo. Así, ellos iban todavía más allá. A los proyectos Rigola y Tovini, otros contraponían ideas más radicales con Lanzillo, Panunzio y otros. Pero, más que de ideas, su contraste con socialistas y populares era de estado de ánimo. Había en los fascistas y en sus planes de reconstrucción, aquel indefinible elemento expresado por las palabras "guerra", "victoria", "combatientes", que estaban ausentes y muy blandamente presentes en los otros. Y había además, especialmente en el jefe del Fascismo, más libertad y despreocupación moral, más disposición para aceptar a todas las partes, más verdadero espíritu revolucionario, más capacidad de pasar a los hechos, y más dinamismo. El Fascismo de los orígenes era, en sus tres cuartas partes, Mussolini.

Verdadera clase de caudillo este hombre, como ya se había entrevisto cuando luchaba en el Partido Socialista y después en el tiempo de los Fascios de Acción Revolucionaria y durante la guerra, cuando su figura se empezaba a imponer también fuera del círculo de los partidarios y secuaces y a delinear como el jefe ideal de la Italia en guerra en contraposición con los lerdos y acomodaticios hombres del gobierno. Habiéndose liberado del Socialismo en el cual no se había nunca encontrado verdaderamente cómodo por la impaciencia de mucha gente, por tanto doctrinarismo, por tanta organización, por tanto condominio, ahora parecía que había encontrado el campo de acción propiamente suyo. Había renegado de los viejos compañeros, y la pasión polémica contra ellos no era el último motivo de su presente batalla. Pero no había renegado todos los viejos ideales. Ya que los había enriquecido y purificado, haciéndolos aceptables por hombres de diversas partes, adecuados a los tiempos, se consideraba fiel a estos ideales más que a aquéllos que quedaron atascados en el viejo escollo. El suyo era un socialismo sin partido, sin filosofía materialista ni lucha de clases e internacionalismo. Tensaba el oído para advertir las fuerzas vivas de la Nación, dondequiera que éstas estuviesen. Pero su más viva simpatía estaba por aquellos trabajadores que en tiempos de huelgomanía y de desencadenante materialidad resistían a la corriente y que a pesar de tener derechos por conquistar y voluntad de conquistados, permanecían firmes en sus puestos de trabajo, como reconociendo que el trabajar o el no trabajar no era asunto sólo de intereses privados, de despachar entre prestadores y dadores de trabajo. Significativo fue su apoyo a los obreros de Dalmine, quienes en lucha con los industriales, en vez de cruzar los brazos o desertar de las fábricas, atrancaron las puertas, enarbolaron el tricolor y prosiguieron por su cuenta, proclamando

objetos de su huelga, todavía más que sus propios intereses, “el interés de la industria italiana y el bien de todo el pueblo de Italia”.

“Por ellos —dijo Mussolini— habla el trabajo; el trabajo que en las trincheras ha consagrado su derecho de no ser más fatiga, desesperación, porque debe volverse orgullo, creación, conquista de hombres libres en la patria libre y grande, dentro y fuera de los confines.” Poco creía Mussolini en la capacidad de las masas, para operar revoluciones. Pero estaba persuadido de que después de la guerra, se inauguraba un periodo de “política de masas”. No se podía ignorar a estas masas, sino que se debía iluminarlas, liberarlas del encanto de los mitos bolcheviques y de la tiranía del Partido Socialista; en suma, orientarlas hacia una democracia económica y política. El viejo mundo estaba por derrumbarse; alguno debía recoger la sucesión. ¿Y quién tenía más derecho de recogerla que aquéllos que habían querido y hecho la guerra?

Fascismo y Socialismo en lucha

Y todavía por bastantes meses, el movimiento fascista tuvo un camino difícil y lento. 1919 y casi todo 1920 estuvieron llenos de otra tentativa revolucionaria: la de los socialistas. También ellos creían agotado el régimen burgués, y pensaban que las clases trabajadoras deberían recoger la herencia, pero como “proletariado” y bajo la bandera del socialismo. Aparecieron por algunos meses cercanos al triunfo, fuertes como estaban o parecían, no sólo por las centenares de miles de inscritos al partido, sino por la simpatía y el apoyo, manifiesto o encubierto, de masas de descontentos: excombatientes, obreros que no habían hecho la guerra, pero que querían conservar sus altos salarios y por qué no, conquistar para sí las fábricas; campesinos, jornaleros y artesanos que querían las tierras; pequeños burgueses, empleados y maestros o que vivían su cuarto de hora de indisciplina, desgano, locura. Había en el partido tonalidades o tendencias diversas: derecha, izquierda y centro.

Pero en 1919, las diferencias parecían reducidas a poco. Igualmente irreconciliables con la guerra; igualmente bien dispuestos hacia la república socialista de los soviet y la dictadura del proletariado, como medio para instaurar el socialismo; igualmente intransigentes hacia el gobierno de la burguesía y contrarios a colaboraciones con ellos, aunque sí aquella burguesía estaba más o menos dispuesta a aceptar la colaboración de los socialistas y aquél gobierno estuvo en cierto momento representado por Nitti, el Ministro que, en el discurso del 9 de julio de 1919, había declarado “sacras” para él las aspiraciones a una elevación del trabajo, y manifestado su fe, que “en definitiva, el futuro próximo, conservó una parte siempre más grande a las nuevas democracias del trabajo”. Y el Ministerio Nitti, cayó al fin de 1919, también por el voto contrario de los socialistas de derecha o “reformistas”: esto permitió mantener firme todavía por algún tiempo la unidad del partido.

El cual conquistó miles de comunas y decenas de provincias, tejió una espesa red de cooperativas, ligas, oficinas de empleo y Cámaras del trabajo; tuvo un principio de sistema fiscal y judicial propio; cargó de impuestos a propietarios y casi redujo a nada, donde pudo, el derecho de propiedad; inspiró ocupaciones de tierras, como inspiró otras el Partido Popular o al menos su ala izquierda. Este partido, surgido con el propósito de encauzar el

socialismo, fue llevado, por el mismo deseo de tenerlo a la cabeza, a adoptar métodos y tácticas sin demasiada sombra también de socialistas, que veían en los populares otro tanto suscitadores y organizadores de masas y preparadores de caminos al socialismo (como Kerensky los había preparado a Lenin: cfr. el comunista Gramsci, en *Revolución Liberal,* 2-9 de julio de 1922). Se asistió así a un descrédito creciente del Estado que en algún lugar capituló directamente. En septiembre de 1920 se dieron ocupaciones de las fábricas y parecía la victoria. En cambio, señaló el principio de la ruina. Se acentuó en muchos sectores la resistencia, también armada. Los ciudadanos empezaron a proveerse para su defensa. Los Fascios crecieron de número y de inscritos. Mussolini, que no se habría escandalizado mucho si los trabajadores hubieran ocupado las fábricas de iniciativa propia, fuera de toda influencia del Partido Socialista, como en el 19 aquella de Dalmine, reprochó a Giolitti, más que por haber dejado cumplir esta ocupación, por no haber impedido la degeneración bolchevique y anárquica del movimiento y haber mostrado la impotencia del Estado. Y siempre más, insistió sobre el motivo de la colaboración, necesaria a los fines productivos; sobre el motivo del Estado que debía ser fuerte. Era visible ahora en Mussolini esta última preocupación. El Estado no debía dejarse empapar de influencias socialistas, debía tutelar la libertad de las masas de las influencias socialistas. De otro modo, invitó a los ciudadanos, a los fascistas, a prepararse ellos con cada medio, a combatir los planes bolcheviques...

Esta acción de los ciudadanos y fascistas se desarrolla mayormente donde mayor era la presión de las organizaciones sociales rojas, por ejemplo, en el Ferrarese. Aquí se tuvieron los inicios de una organización militar de los fascistas. Armados, encuadrados, comandados por ex-oficiales, estos empezaron a irradiar fuera de la ciudad y a hacer rápidas incursiones y golpes de mano para proteger a trabajadores o propietarios amenazados. La tragedia de Palacio Accursio en Bolonia, a fines de 1920, con el asesinato de Giulio Giordani, y aquélla de Ferrara, donde muchos jóvenes fascistas cayeron bajo los golpes de las guardias rojas puestas en acecho en el mirador del Castillo Estense, provocaron una indignación incontenible, desencadenaron la reacción de los ciudadanos y acrecentaron la fuerza de los Fascios. Ahora esta resistencia, dondequiera y como quiera que se determinara, se canalizaba siempre más hacia los Fascios como su cauce natural, salvo aquélla que dirigía de manera más modesta el partido nacionalista, que era el menos adaptado a descender en las plazas a manejar las masas, pero que comenzó también a tener, en las ciudades mayores, algún núcleo organizado y armado. De ahora en adelante, los Fascios y sus escuadras trabajaron en una atmósfera de calurosa simpatía. Y martillaron siempre más enérgicamente sobre las organizaciones rojas, políticas o económicas, mirando de modo especial a los jefes de partido, a los dirigentes, a los propagandistas, a las administraciones comunales, etcétera, en suma al estado mayor, en la persuasión de que caído éste, todo el ejército se habría desbandado. Realmente, esta desbandada comenzó. Alguna confederación enarboló el tricolor. Otra, deshecha y abandonada por los jefes, fue reconstruida sobre nuevas bases. La costumbre de la organización estaba, y ésta ayudó también a los fascistas. Por lo cual, donde parecía que estaban las condiciones más favorables para el socialismo y el sindicalismo revolucionario, aquí estaban igualmente las condiciones más favorables para el nuevo sindicalismo.

El año mil novecientos veintiuno

1921: año decisivo y central. Rápido dilatarse del Fascismo en el Valle del Po y en los alrededores. Su corriente crece también por el aflujo del fiumanismo; esto es, de los excombatientes de Fiume, pequeña sociedad casi guerrera, quienes al principio de aquel año, expulsados de su ciudad, se desparraman sobre toda Italia, mezclándose en parte con los fascistas y llevando a éstos el verbo dannunziano, representado especialmente por la *Carta del Carnaro* y encuentran seguidores en modo particular entre los más revolucionarios, los más inquietos, los más impacientes de aquellos frenos y límites que, en cambio, Mussolini recomendaba. Ahora más que nunca, se difunden también por la contribución que traen los de Fiume aquellas costumbres, ritos, enseñas y gritos de guerra, que hacen del Fascismo una religión. Grande su encanto, especialmente en los jóvenes y jovenzuelos que crecidos en una atmósfera de guerra, quieren ahora también ellos hacer su guerra, concebida como un bello juego. Quien quiera entender la primera vida del Fascismo, es necesario que no descuide estos aspectos. Esto es, por una parte notable obra no de excombatientes, pero si de hijos de excombatientes, hijos de caídos. Su acción trasciende la política y sus problemas y es simplemente instinto de lucha y de aventura, amor de riesgo, deseo de acción.

Muchos de los nuevos seguidores del Fascismo eran gentes de la burguesía. Y el Fascismo tuvo como un fuerte empuje a la derecha. Podía ser una nueva ruta, diversa de aquella originaria. Pero eran los mejores elementos de la burguesía, especialmente rural, pequeña y mediana; especialmente burguesía de nueva y novísima formación. Y después, burguesía de la cultura. Habían hecho casi todos la guerra, y no se puede decir que se movieran por intereses de clase. Los más, se sentían equidistantes entre burguesía y proletariado y actuaban bajo el impulso de sentimientos de gran y general valor. Y después, contemporáneamente o poco después, hubo también gran entrada de gente del pueblo en el Fascismo, en especial en el campo. Al lado de los Fascios rurales, también sindicatos adherentes a los Fascios, con elementos que habían sido encuadrados de buena o mala gana por el socialismo, y que ahora, reconquistada la libertad, o perdida la fe roja, seguían aquel tricolor, más prometedor. Reflorecía el espejismo de “la tierra a los campesinos”, ya hecho relampaguear a los infantes durante la guerra, y esto llamaba más la atención que el colectivismo. El Fascio comenzó a hacerse aquella alma rural que no tenía; Mussolini se orientaba hacia la idea de crear una “democracia rural”. En suma, era un contrapeso a la burguesía, contrapeso especialmente a los “agrarios”, que Mussolini entonces y después tiene a bien distinguir de los “rurales”. En la primavera del ‘21, en Ferrara surgió una Cámara Sindical del Trabajo, nacionalmente orientada con Rossoni, que ya al principio del ‘18 había promovido en Milán la Unión Italiana del Trabajo. Con Francesco Giunta están, aquí y en Trieste, los primeros pasos hacia una organización nacional de los trabajadores, frente a la Confederación General del Trabajo muy dependiente del socialismo; y a la popular Confederación Italiana de los trabajadores. ¿Es una organización apolítica y sólo genéricamente “nacional” la creada por los Fascios? Así lo creían algunos, en homenaje al viejo sindicalismo. Pero era una utopía, buena para los días de la lucha contra los partidos adversarios, no para los días de la victoria. Y este nuevo sindicalismo fue también político, naturalmente fascista, esto es, con el pensamiento político del Fascismo, que mezclaba trabajadores manuales y de la mente y se proponía educar el sentido de la Patria y de la

Sociedad Nacional por encima de la clase, acrecentar en la colectividad la capacidad de los particulares y no deprimirla. El Fascismo comienza a aparecer ahora como una gran revolución del pueblo, como la primera revolución del pueblo, y como un *Risorgimento* más completo. En primavera y otoño hubo reuniones y congresos sindicales fascistas, e hicieron jefe a las Corporaciones Sindicales y a una Confederación Nacional de las Corporaciones, que recogía todas las actividades profesionales, intelectuales, manuales y técnicas, que identifican el derecho de su elevación moral y económica con el deber de los ciudadanos hacia la nación. En suma, se propone una organización de los italianos fuera de las clases. Problemas diversos y hasta entonces opuestos se suman, en vista de una síntesis superadora.

Y otro camino se cumplió en este mismo fecundísimo año de 1921: el problema del Estado, siempre más sentido por los fascistas y por su Jefe, y no solo por el reflejo del desorden civil de aquellos meses, en los cuales la guerrilla social-fascista se desencadenaba por las calles de Italia, con caracteres de violencia salvaje, especialmente de la parte socialista, sino también por la creciente madurez del Fascismo, ya sea como organización, ya sea como pensamiento. Ahora esto dejaba entrever un ascenso al poder no lejano. En marzo, Mussolini proclama que "dentro de algunos meses", toda Italia será del Fascismo. Italia y Fascismo una sola cosa: y entonces, el Fascismo deberá "gobernar a la Nación", gobernar la Nación con un programa que en cuanto a organización técnica, administrativa y política no se destaca mucho de aquel de los socialistas; pero que al contrario, está lleno de valores morales y tradicionales. La discusión está abierta en *Il Popolo d'Italia;* más todavía en *Gerarchia,* la nueva revista de Mussolini, destinada precisamente a este debate de ideas. Urgía aclarar, por los mismos fascistas, tantos problemas puestos por el Fascismo o impuestos ahora por su mismo crecimiento: problemas de organización estatal, de relaciones Estado-Fascismo, de economía, de política exterior, etcétera, también de política exterior, que era y se volvía cada vez más uno de los centros del interés fascista, una de las razones de ser del Fascismo, como una respuesta a tantas repetidas desventuras nuestras en el ámbito de las relaciones internacionales. Es de mayo de 1921 una entrevista de Mussolini con el *Resto del Carlino* de Bolonia, en la cual se declaraba la voluntad bien firme de inaugurar, finalmente, una política exterior italiana; la entrevista obtuvo el aplauso de un lejano amigo de Italia y ardiente simpatizante del Fascismo, Georges Sorel, quien reconocía y deploraba las "humillaciones degradantes" impuestas a nuestro País por los aliados, Francia al frente de todos.

El debate invistió también principios generales, que es además cosa común a todos los partidos y corrientes en este momento de apasionada revisión y precisión de ideas y doctrinas, impuesta también por la presencia y por los progresos del Fascismo.

Recuerden las numerosas discusiones de entonces en el campo liberal, en los periódicos y en las revistas, en las cuales participaron hombres destinados más tarde a hacer una plena adhesión al Fascismo, como Giovanni Gentile. Hasta ahora, los fascistas fueron toda acción, pero ahora tienen la necesidad, también ellos, de crearse una doctrina, una doctrina que no legalice su desarrollo, pero que sea norma orientadora.

"Es necesario ampliar nuestras bases programáticas, crear la Filosofía del Fascismo italiano", dice Mussolini en la primavera. Mazzini, al que la guerra ha hecho casi renacer a

una nueva vida, es ahora más vivo en el espíritu del Fascismo con su "pensamiento y acción", con su idealismo y colaboracionismo. Son frecuentes las referencias a él; una carta de Mussolini a Michele Bianchi indica como divisa del Fascismo precisamente, al Mazziniano "pensamiento y acción".

El Fascismo va también al Parlamento, con sus primeros diputados. Y ahí, toma un contacto más estrecho con las fuerzas históricas de Italia, Monarquía, Papado, Roma; sinónimos de autoridad, disciplina y fuerza. El 21 de abril, Aniversario de Roma, es proclamado también fiesta del Fascismo y del trabajo. Hasta ahora, el Fascismo es visto con pocas raíces, o con raíces un poco al descubierto. Ahora las nutre y las entierra en la tradición histórica italiana. Existe alguna incertidumbre con respecto a la Monarquía, alguna "tendencia republicana", también como medio polémico para restablecer una cierta distancia con muchos elementos conservadores que habían flanqueado a los fascistas en el periodo electoral. Pero pronto, esta "tendencia" fue vencida. Se toma hacia la Monarquía la misma actitud que, después de 1849, habían tomado muchos antiguos republicanos y casi todos los impacientes de la acción, convencidos ahora de que la Monarquía era o podía ser una gran fuerza de realización capaz de crear una unidad de espíritus que de otra forma habría faltado.

Procediendo por este camino, a fines de 1921, en el Congreso de Roma, el Fascismo "movimiento", se vuelve "partido", que quiere decir más unidad ya vigente, ahí donde los militantes habían crecido tanto; más disciplina y freno a las tendencias autárquicas de los grupos y jefes locales; más individualismo entre los partidos, también afines y cercanos, como los nacionalistas. Y en las relaciones entre nacionalismo y Fascismo se dio en aquellas semanas un vivo debate en los periódicos fascistas y nacionalistas, con acentos varios, aunque fundamentalmente de acuerdo: De Vecchi, Marsich, Federzoni, Coppola, Rocco, etcétera. Todos estaban persuadidos que eran destinados a entenderse y quizás a compenetrarse. Pero, ¿habría ido el Fascismo hacia el nacionalismo, tanto más maduro en su pensamiento, o el nacionalismo hacia el Fascismo, tanto más dinámico, armado y listo a la acción?

El Fascismo "partido", quiere decir también responsabilidad colectiva, cierta separación de la persona del Jefe y al mismo tiempo, elevación del Jefe sobre las polémicas cotidianas de los militantes. Él es ya el DUCE: Una palabra que por primera vez, Filippo Corridoni había pronunciado desde el frente. Y es el más solícito entre los fascistas a querer poner fin a la anarquía de los partidos. Actúa a veces como freno, a veces como estímulo. Él está en alto sobre su mismo Partido, y muchos, en las zonas políticas cercanas, distinguen Mussolini y Fascismo, desconfían todavía del Fascismo y tienen fe en Mussolini. Sería difícil escribir la historia del Fascismo si se hiciese abstracción de la singularísima personalidad de este hombre surgido no al azar, en medio a estos eventos, sino capaz de imprimir un sello potente sobre los acontecimientos mismos.

En el congreso de Roma, de fines de 1921, emergieron más claros los fines positivos, casi un programa, en tanto que se consideraba susceptible de cambios y precisiones: política exterior autónoma, después de tanto semi-servilismo; revisión de los tratados; desarrollo de las fuerzas productivas internas, también a los fines de aquella autonomía; valoración de las colonias y pacífica expansión mediterránea; modernización y

fortalecimiento de la representación diplomática y consular; consejos de las representaciones directas de los intereses y de las competencias; reconocimiento jurídico de los sindicatos, participantes del poder legislativo para que las masas se adhieran mejor al Estado; un estado, fuerte, autoritario y, al mismo tiempo, ágil, rico en espiritualidad y elasticidad. ¿Es necesario constatarlo? Pero aquí está todo aquello que después el Fascismo ha sido en el gobierno y ha hecho con una correspondencia y coherencia entre programa y acción, como ningún otro partido político cerca del poder ha demostrado nunca. En este Fascismo, ahora ya maduro, había elementos del viejo liberalismo de derecha, pensamientos de sindicalistas y aspiraciones de nacionalistas; había también de socialistas. Mussolini y el Fascismo no eran ajenos a aquel reavivamiento religioso o cuando menos, reconocimiento general de la importancia histórica del catolicismo y de la utilidad de un posible reacercamiento entre Italia y Papado, que se había tenido en los últimos años. Un artículo de Mussolini en *Gerarchia,* de 1922, decía: "El siglo XIX ha puesto sobre los altares a la materia. Ahora retornan los valores del espíritu, en primer lugar, los religiosos". En suma, en los últimos veinte o treinta años ninguna corriente ideal que aquí no se encontrase negada y después acogida, esto es, esperada, había atravesado y encaminado al espíritu italiano. Ya que, aquello heredado o absorbido por otros, lo revivía el Fascismo en un modo nuevo y suyo, en síntesis viviente. Por obra suya, los pensamientos se volvían acción, las doctrinas se adecuaban a la realidad, habiéndose vuelto ésta más capaz de adecuarse a aquellas doctrinas. Todo pasaba al calor de una gran pasión, casi religión, y de un espíritu como Mussolini, que daba unidad, claridad, relieve y originalidad también a aquello que era fragmentario, nebuloso y utópico. Obra de creación por excelencia. Sólo con esta condición, el Fascismo y Mussolini pudieron lograr la victoria y pretender la altísima gloria de personificar, más que ningún otro partido, a Italia.

Marcha sobre Roma

Vuelto partido, elevado como unidad moral, disciplina, organización militar, como conciencia de sí y fe en las propias fuerzas, el Fascismo ocupa ahora en 1922 el centro de la vida política italiana; por aquello que él es y por aquello que se siente, se presiente que pueda ser, dado su rápido crecimiento, la energía vital de la cual parecía animado, la fuerza de proselitismo que manifestaba. Aquí no es el caso de rehacer la gran crónica de aquellos meses, con sus rápidas movilizaciones y reuniones, con sus ocupaciones de ciudades y defenestración de alcaldes y consejeros, con la victoriosa batalla dada a la huelga general entre julio y agosto. En suma, casi un entrenamiento, técnico y moral de causas mayores; una gradual, pero bien visible sustitución de los poderes del gobierno y personificación del Estado. Y naturalmente, se refuerza todavía aquella unidad, disciplina, organización, conciencia y fe. Allá, en los otros campos, ocurría lo contrario. Divididos entre la izquierda bolchevizante y la derecha templadísima, estaban los populares... golpeada por varias tendencias, la así llamada democracia se dividió en cuatro partes en el curso de 1922. Los socialistas que ya han visto a los comunistas separarse del partido, se segmentan en Maximalistas, tercerinternacionalistas, centristas. Y no se entienden bien el partido y el grupo parlamentario que atasca el freno, ni tampoco la Confederación y el partido; esta Confederación, más tarde tiene opiniones diversas sobre si habla el Consejo Directivo o el

Consejo Nacional. Y todo esto es, poco o muy reflejado, la consecuencia del Fascismo. Ahora no hay actitud de partidos, altibajos de gabinetes, maniobra parlamentar, ni corriente de opinión pública en la que el Fascismo no esté idealmente presente y operante. Sólo la pesadilla del Fascismo, por ejemplo, hace madurar dentro al partido socialista, después de tanta intransigencia aún de los "reformistas", ideas y propósitos de colaboración, especialmente por obra del Grupo Parlamentario y de la Confederación del Trabajo. Manejando alguna palanca del gobierno, esperan poder defender mejor las propias organizaciones y combatir al Fascismo. Y ya a fines de 1921, el Grupo Parlamentario había tratado de hacer caer al Ministerio Bonomi y mandar sobre un Gobierno que, rigiéndose con el apoyo de los socialistas, proveyera los medios para esta batalla antifascista. Y ahora, a finales de julio, durante una crisis del gabinete Fascista, Filippo Turati es recibido por el Rey, y consultado sobre la crisis. La colaboración, que muchos auguraban que también era del socialismo, aparece a la vista. Pero ahora es muy tarde. Mussolini podía también pensar en una gran coalición de socialistas, populares, fascistas, los tres partidos de masas, coalición donde el más joven y animoso de los tres tenía la posibilidad de entrar como *primus inter pares.* Pero no tenía ninguna intención de asistir, especialmente ahora, a un ascenso de los socialistas al gobierno. Ya estaban los populares. Se habrían soldado los vínculos entre los dos partidos, naturalmente, por odio al Fascismo. Quiere decir que la huelga general estallada en aquellos días por inspiración del ala revolucionaria del partido, anuló todo plano de colaboración de los socialistas en el gobierno.

En tales condiciones, obrando bajo la incitación de tales contingencias, se puede pensar fácilmente en qué se convertiría el Parlamento italiano. ¡Historia lacrimosa! Vano agitarse de grupos y grupillos a los que no los mueve ninguna idea política, ningún sentimiento de los intereses generales, ningún programa ni ninguna intención seria de colaboración, aunque las necesidades tácticas sí empujan a más grupos a aliarse. Pero son alianzas ocasionales. Reducidos a nada también fueron las tareas y los derechos de la Corona. Esta fue reducida a una especie de oficina de registro de las indicaciones categóricas de los partidos. En suma, extrema degeneración y corrupción, reconocida y deplorada entonces por todos, también por los no fascistas. Las consecuencias son ministerios efímeros, que un pequeño alejamiento de peones en el tablero de ajedrez de Montecitorio voltea; crisis ministeriales que duran semanas; impotencia del gobierno; contraposición de un gobierno de hecho a un gobierno de derecho y su coexistencia. En agosto, truncada la huelga general, escuadras fascistas se adueñaron de la municipalidad de Milán, y destruyeron *L'Avanti,* pagando tributo de sangre. Dan batalla en Savona, Parma, Liorna, Genua, donde ocupan el puerto, ciudadela de los socialistas y de sus cooperativas; ocupan el Palacio San Giorgio. En septiembre se hace la reunión de los fascistas de Venecia Giulia en Udine y Mussolini, hablando a las escuadras ahí reunidas, elevó el pensamiento de Roma destinada a convertirse en el "corazón pulsante de la soñada Italia imperial"; reconoció claramente en la Monarquía una fuerza de continuidad y de unidad: "Debemos tener el coraje de ser monárquicos." Basta demoler la superestructura socialista democratoide, aligerar al Estado italiano de muchas tareas, y dejarle siempre más grande dominio del espíritu. Entre septiembre y octubre, acontecimientos graves en el Alto Adige. Se trataba de truncar peligrosas veleidades autonomísticas, hacer respetar a Italia y a su ley. Y aquí también los fascistas sustituyen al Estado: rápida concentración de escuadras

vicentinas, trentinas, cremonenses, brescianas, mantuanas; irrupción en Bolzano y ocupación del municipio, en donde se enarbola el tricolor y se pone la efigie del Rey.

28 de octubre: Marcha sobre Roma. La primera fase de la revolución había concluido.

GIOACCHINO VOLPE

---

*Ed. digital: F. Savarino, 2005